

De biombos, máscaras y antifaces

por Joaquín Arnau Amo*



1. Lo moderno y lo antiguo del edificio, compartiendo altura de cornisa, en el paramento lateral izquierdo, recayente a la Calle de Tesifonte Gallego

Al hilo de los matices etimológicos entre los conceptos de biombo, máscara y antifaz, el autor realiza una reflexión no exenta de ironía en torno a la polémica conservación de fachadas en operaciones de vaciado y sustitución de edificios históricos, bastante habituales en algunos cascos antiguos. Para ello, contrapone dos edificios significados de la ciudad de Albacete: la Sede Central de la Caja de Castilla-La Mancha y la Sede del Colegio de Arquitectos.

Of Screens and Masks. Making a play on the etymological nuances involved in the concepts of masks and screens, the author makes an ironic reflection on the controversial restoration works made by preserving facades of historic buildings and replacing the inner structures, quite a common practice in certain historic town centres. In this case, he compares two buildings in Albacete: The main branch of the savings bank Caja de Castilla-La Mancha and the headquarters of the Professional Association of Architects.

*Joaquín Arnau Amo es arquitecto y catedrático de Estética en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Valencia

2. Detalle de la fachada del edificio de la CCM, de Ramón Casas, restaurada, recayente a la Calle de Tesifonte Gallego

3. Vista en escorzo del intersticio que separa, en el mismo edificio, la obra interior, de nueva planta, de la vieja fachada conservada



2



3

En tiempos, el biombo tuvo su erótica. Tras él, como tras el pámpano, la actriz despampanante velaba y desvelaba, a la vez, sus opulencias. El biombo era el umbral donde cierto recato y cierto descoco hacían las paces; la intimidad, concediendo una porción de favor al espectáculo, un juego donde lo visible suscita la imaginación de lo invisible.

Un juego así ha sido, y brillante -hay que decirlo-, el de los arquitectos en la Sede Central de la Caja de Castilla-La Mancha en Albacete, donde la Calle de Tesifonte Gallego termina y el Parque de Abelardo Sánchez hace soberbio acto de presencia.

Una ordenanza al uso, discutible como todas ellas, obligó a los arquitectos a conservar la fachada del antiguo inmueble, obra más que decorosa del arquitecto Ramón Casas Massó, año 1920, cuya porción central, cóncava, conforma la Plaza de Gabriel Lodaes. Y los arquitectos la han cumplido: la han cumplido ridiculizándola. Bravo.

Los nuevos arquitectos nada han conculcado: se han reído sencillamente de la ordenanza protectora, acatándola, que es el modo elegante e inteligente de reír. Porque reír arrasando no tiene gracia. Ni tono. La risa que atropella la norma, aun cuando la norma sea absurda, o lo parezca, es risa fácil y de mal tono. Esa risa está al alcance de un mentecato.

La ironía sutil y no siempre obvia acredita, en cambio, al arquitecto de fuste. Una ironía que asume la orden -que no otra cosa es una ordenanza- impecablemente, de suerte que su observancia misma pone al descubierto su sinsentido.

En nuestro caso, la antigua fachada está en su sitio. Si no intacta, mejorada en parte por la obligada restauración. Pero la que fue y se entendió como *faz*, que esto es una fachada, o rostro, es y se entiende ahora como *mueble* (fig. 2).

Es como un biombo.

Ahora bien: la gracia del biombo no consiste en lo que es, ni en cómo es, sino en lo que, y cuánto, cubre y descubre: lo que deja y no deja ver, pero insinúa. La gracia del biombo está en lo que tras él se oculta (fig. 3). La gracia, en nuestro caso, de lo antiguo (y ésta es astucia que ha de atribuirse a los arquitectos actuales) es, pues, lo moderno.

La seducción de lo que hubo se desplaza a lo que ahora se ha puesto, de modo que lo nuevo no se entiende como pospuesto, pese a que se medio esconde y está detrás, y lo viejo, en cambio, se entiende como antepuesto, pese a que está donde estaba. No se hizo la *diva* para el biombo, sino éste para aquélla: la cual, tras él, no se esconde, antes lo desborda (fig. 1).

Por una vez, porque no es frecuente, se cumple la única ley que valida toda reforma u obra nueva en ciudad vieja: que lo que hay mejore lo que hubo. Tal es la fortuna del *quita y pon*. Y los arquitectos han alcanzado en este caso el propósito, no componiendo lo que hay con lo que hubo, sino anteponiendo lo que posponen y posponiendo lo que anteponen.

Ésa es su ironía. Pudo hacerse de otro modo: por supuesto. Pudo hacerse de la fachada clásica el *tránsito* del edificio moderno a la ciudad antigua. Porque una fachada clásica es, de suyo, un hecho urbano. Por medio de ella, el edificio antiguo contribuye a la ciudad con un gesto de urbanidad y acredita el talante cortés y galante que le es propio.

Sabemos, por otra parte, que cierta hipocresía subyace a la cortesía, inevitablemente. ¿Cómo está usted? *Muy bien, ¿y usted? Bien: gracias*. Obsérvese cómo, en esa

4. Fachada antigua de la Caja de Castilla-La Mancha en Albacete
5. Detalle de la fachada antigua y de la ampliación
6. Fachada conservada que oculta el edificio de la nueva Sede del Colegio de Arquitectos de Castilla-La Mancha en Albacete
7. Detalles de la misma fachada, vistos desde el interior de la obra nueva



4

breve fórmula, se cruzan insinceridades varias. Porque ni usted ni yo nos hallamos realmente bien y menos muy bien. Tampoco nuestro interés recíproco es alto. Y la gratitud no nos sobreabunda. Pero somos corteses. Lo que pensamos cada uno para nuestros adentros, del otro y de uno mismo, queda en nuestra trastienda mental.

Así, la fachada de un edificio clásico, o simplemente antiguo, es hipócrita. No nos dice lo que pasa en su interior: no manifiesta el laberinto irregular de sus funciones íntimas, viles algunas de ellas. Se limita a contarnos una historia de masas armoniosas, volúmenes equilibrados y huecos regulares, compuestos todos ellos, en su caso, con delicada *compostura* y ritmo airoso.

Lo que nos dice una fachada de otros tiempos no es verdad: no lo es, al menos, en relación con el edificio al cual corresponde y cuyas intimidades y flaquezas resguarda o disimula. Pero embellece la calle. O la plaza. *Platea S. Pauli privatis aedibus ornata*: reza el pie de la vieja estampa que ilustra una plaza en Venecia.

La fachada del edificio antiguo no se debe a la casa, sino a la calle. No es doméstica, sino urbana. No es veraz: es hipócrita. No es sincera: es cortés. Sin duda, la Sede de la Caja de Castilla-La Mancha que nos ocupa pudo, conservando la antigua fachada, urbana e hipócrita, hacer uso de sus rancias y apacibles cortesías. Para que pareciera lo que no es: lo de siempre.



5

Pudo hacerlo. Pero no lo hizo. Congeló, por el contrario, su gesto distinguido y apuesto y lo convirtió en pamplina ridícula. Tradujo la cortesía a ironía. Hizo del semblante hipócrita, pero propio al fin y al cabo, un parapeto tan lindo como innecesario. Porque es propio de biombos que se los pueda trajinar sin el menor desdoro: un biombo es un artefacto portátil.

Hábilmente, los arquitectos hicieron mueble del inmueble original, sugiriendo así que el viejo paramento está donde está como podía estar en cualquier otro lugar. Constituye un mero accidente. Pero, puesto que está, es bienvenido y de él se saca provecho. Lo esencial, por urbano, del edificio antiguo ha pasado a ser lo accidental del edificio moderno.

Y la Ordenanza que ordena la conservación del susodicho accidente se nos aparece de ese modo como el arbitrario antojo de un urbanismo banal ¿Qué pinta -se pregunta el viandante ingenuo- ese frente en ese lugar? Absolutamente nada. Pero ¿molesta? Tampoco. Tiene gracia. ¿Por qué? Porque resulta gratuito: como la ordenanza que lo impuso. Y además, desempeña un papel.

En efecto: matiza la opulencia de la nueva fábrica proyectada que, de no haber tropezado con ese delicioso *paravent*, ofendería tal vez con lo incontinente de sus magnificencias y estrépitos.

La sordina beneficia a la operación.



6

No siempre acontece, desde luego, de ese modo. Veamos otro caso bien distinto, vecino de la misma ciudad. Fue en su época, año 25, un palacete de medio pelo y color pistacho: cerca del Ayuntamiento, a sus espaldas, y frente al ábside de la Catedral, en la calle dedicada a otro arquitecto: Martínez Villena (fig. 6). Es obra de un tercero: Ortiz e Iribas.

Con sus pilastras, frontón y otros aderezos académicos, destacaba su alicatado, reminiscencia de tierras húmedas y apacibles, un tanto impropia de las que habita, secas y aireadas. Una muestra, pues, de arquitectura, ni espléndida, ni típica, pero discreta, que los años, por una parte, y los mastodontes puestos a sus flancos, por otra, habían embellecido un tanto. Pero he aquí que un buen día los pontífices del urbanismo le reconocieron a la fachada de este templo seglar, y sólo a ella, sus relativos valores. Y la declararon, en aras, no diré del gusto, pero sí de un cierto respeto, intangible.

Sabemos que una piel descarnada, como la del San Bartolomé desollado en el Juicio de Miguel Angel, no es tal, sino una momia. Así, en el curso de esa operación de vaciado, el rostro del edificio deja de serlo y se convierte en máscara (fig. 7). Los urbanistas, por tanto, cual ángeles custodios de la ciudad, ponían a salvo, con su ordenanza conservadora, la máscara. O la mascarilla. Reducían así el edificio a mero decorado: pues se les antojaba señorial y bien compuesto.



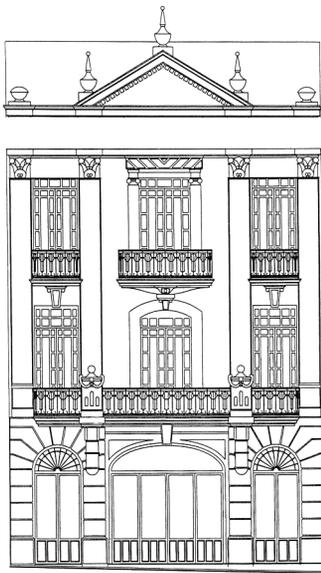
7

No repararon, claro que no, en los errores de su composición. Y hablo de errores, porque las *regole* de la composición académica, como las de la gramática o la ortografía, son habas contadas. Uno las sabe o no las sabe. Salta a la vista que el arquitecto Ortiz conocía el *Vignola*, o a su descendencia, sólo a medias. Y a medias los puso por obra.

Donde procedía elevar un cumplido entablamento, se conformó con el vuelo de una simple cornisa. Puso así el adjetivo, la cornisa que *corona*, y ahorró el sustantivo: el entablamento, con su firme arquitrabe y su friso suficiente.

Pero, con eso y con todo, parecía bien que la imagen del palacete, recortada como se recorta un recortable posmoderno, no sucumbiera. Y así y a Dios gracias, no ha sucumbido. La fachada mal compuesta enmascara el edificio: y ambos abdican de buen grado, una y otro, de la cualidad de Arquitectura, que no concibe aquélla sin él, ni a él sin ella. El colectivo local de arquitectos ha elegido este edificio enmascarado para su sede: aunque angosta y emparedada entre modernidades anodinas, pintoresca desde luego, bajo la máscara de antiguas ínfulas burguesas y eclécticas.

Su mínimo espacio, aun con los áticos y sobreáticos añadidos que la ordenanza ha consentido, semiescondidos al viandante de modo que no hieran -¿la hieren?- su supuesta sensibilidad arquitectónica, daba de sí, como mucho, para un estudio solitario de algún arquitecto a la antigua usanza. Pero el espacio sabemos que escasea.



8

Por eso hablamos tanto de él: y lo trituramos, como se tritura una droga dura de coste disparatado.

Sucede lo mismo cuando la manta no es infinita y son infinitos los que de ella estiran: que se hace trizas. Sea: si otros se aprietan los cinturones, es un suponer, habremos los arquitectos de apretarnos los muros, que es lo nuestro.

Ahora bien: puestos a ello y asumida la fachada vetusta, máscara, decorado o estampa, ¿no era la de su rehabilitación ocasión, de esas que pintan calvas, para restaurar su decoro, recomponiéndola en cuanto estaba mal compuesta, corrigiendo sus errores y otorgándole una dignidad superior a la que tuvo en un principio?

Qué buen momento para que un colectivo que se denomina de arquitectos enunciara, al menos, y a través de su sede una modesta, pero correcta, lección de arquitectura. Pues el restaurador, cuando es arquitecto y no arqueólogo, notario o historiador, recupera el acierto: pero corrige, si lo hubo, el error y no lo perpetúa. Rehabilitar implica recomponer (fig. 8).

Tal cual es el estado actual de este inmueble, rehabilitado e introvertido, reconoce la cualidad un punto grotesca de la máscara que lo enmascara. Resulta propio de una máscara que el enmascarado pueda ponérsela, si gusta, en el cogote.

Dado el uso, acaso este caso constituya emblema involuntario de una profesión que ha hecho de la farsa moneda curso corriente, y de la ciudad, que nos está encomendada, un perpetuo carnaval.

8. Dibujo de la fachada re-compuesta: el intervalo abierto entre los capiteles de las pilastras y la cornisa devuelve al entablamento su debida proporción

9. Fachada interior del Pasaje de Lodares

Sin duda, el *vaciado de tales gentiles continentes*, como lo han sido edificios notables del pasado, para su ulterior relleno de nuevos contenidos, induce metáforas como la del biombo, la máscara o el antifaz.

La fachada constituye, al fin y al cabo, la *faz*, esto es, la cara del inmueble. Y una cara no se quita y pone como si fuera un antifaz. En ello insistían los sucesivos Manifiestos de la Arquitectura Moderna cuando el siglo que agoniza aún era joven.

Vemos fuera, proclaman esos Manifiestos, ni más ni menos que lo que hay dentro, en consecuencia lógica. La arquitectura moderna se quiere así veraz y sincera, por encima de todo. Y abomina, por consiguiente, de la hipocresía que fue santo y seña de una burguesía que fabricaba primorosamente sus viviendas para que parecieran aquello que no eran.

Podemos, más o menos, estar de acuerdo con el juicio del Movimiento Moderno. Si el edificio modelo ha de ser, como decía Palladio, *uno intiero e ben finito corpo*, no parece de recibo que su cara ignore al resto de los miembros.

Ahora bien: el argumento palladiano, que los modernos a su aire restauran, de ningún modo se aplica a la arquitectura decimonónica, llamada con razón ecléctica, por el libre adrezo de sus fachadas, que dan la espalda a sus trastiendas.

Como teatral, cuando no teatrera, que es, esa arquitectura de catálogo deja ver una cosa en escena y oculta otra entre bastidores. Le ocurre lo que al vestuario de la época: la figura visible, o sea, el *figurín*, desfigura y finge cuanto se le antoja a la figura invisible, esto es, el cuerpo, real y verdadero, que subyace. El figurín contradice a la figura.

En lo que atañe a la mujer, por ejemplo, la moda de la época hace tabla rasa, o cartón raso, de la delantera que Dios le hubiere dado; y la dota, en contrapartida, de un falso trasero, el polisón, desorbitado por antinatural. A una sociedad, pues, hipócrita y *comme il faut* responde una arquitectura asimismo hipócrita y solícita del público bien parecer.

La nueva burguesía decimonónica, hija o ahijada de la Revolución Francesa, retoma así el ideario de la antigua: la que supuso, en el ocaso de la Edad Media, siglo catorce, la quiebra del poderío feudal. Se trata del ideario que admirablemente formula el celestinesco Sempronio cuando dice: *haz lo que bien digo, e non lo que mal hago*.

Lo que los edificios burgueses hacen dentro de ellos, sea lo que fuere, bueno o malo, sus fachadas no nos lo dicen. Ellas, discretamente compuestas y primorosamente adornadas, simplemente dicen bien. Son elegantes y de buen porte. Y componen a su vez y adornan con exquisita cortesía calles y plazas, regulares y bien dispuestas, orgullo y prez de nuestras ciudades. De esa gloriosa hipocresía burguesa hace gala, por ejemplo, en Albacete el opulento *Pasaje de Lodares* (fig. 9)

9



Este Pasaje, obra de Buenaventura Ferrando Castells, año 1925, contemporánea de las arriba aludidas de Ramón Casas Massó y Miguel Ortiz e Iribas, y equidistante de ellas en la ciudad, eleva su ficción altisonante, como el parlamento de un gran actor, y disimula sus entretelas ocultas, con abundancia y penuria de espacios no bien administrados.

Aplicar, por eso, modernos criterios de sinceridad, no ayuna de cinismo algunas veces, a arquitecturas del pasado, concebidas bajo el signo de la hipocresía, no deja de ser un abultado contrasentido. Porque, en arquitecturas tales, la fachada no es, como sostiene la Modernidad, el *epílogo* del edificio, sino el *prólogo* a la Ciudad. Lo que Lodares es, no lo deciden sus alojamientos interiores: lo decide el Pasaje. Y el Pasaje es Ciudad.

Las susodichas orondas fachadas son antifaces antes que faces. De ahí que su conservación, cuando merece la pena, sea oportuna, con relativa independencia del edificio al cual pertenecen. Un antifaz es efectivamente útil para enmascarados diversos, que pueden sin el menor empacho turnarse en su uso. Una bella máscara es un tesoro, al margen de sus efímeros portadores. Ellos van y vienen: ella permanece.

A nada conduce, por tanto, atribuir a la arquitectura burguesa que todavía conservamos una integridad de la cual en su momento ella jamás hizo cuestión. Desde nuestro punto de vista, disociar la fachada del resto del edificio es una atrocidad. Desde el suyo propio, en cambio, deslindar lo uno y lo otro es lo más natural del mundo.

De hecho, si observamos lo que se entendía como *proyecto* en su día, a menudo nos encontraremos con preciosas fachadas preciosamente dibujadas, autónomas, y poco más. Las plantas, o bien brillan por su ausencia, o no pasan de lo que, en el lenguaje de nuestro Siglo de Oro, se llamó *rasguños* y no eran sino garabatos o meros bocetos.

Está claro que en la composición de sus fachadas, y sólo en ellas, ponían los arquitectos de aquella época toda la carne de su ingenio al asador. En ellas se esmeraron sus diseñadores y ellas son lo verdaderamente valioso de algunas edificaciones de abolengo burgués.

Desentendidas de sus edificios traseros, las viejas fachadas componen paramentos de ciudad con mucho decoro. Que la ciudad, pues, las ponga a salvo, está puesto en razón. Porque a salvo ellas y, eso sí, repulidas y, cuando se terciara, recompuestas, bien puede decirse que nada, o casi nada, se nos ha perdido. 